

Nuestro Futuro, Desde Harvard

- ★ ¿Está México Cambiando las Bases de su Origen?
- ★ "De País Latinoamericano a Norteamericano"
- ★ Si Huntington Tiene Razón no Habrá Integración

LORENZO MEYER

Visto desde Harvard, resulta que lo que está en juego en la relación de México con Estados Unidos es algo mucho más importante que un simple Tratado de Libre Comercio (TLC): es la naturaleza misma de nuestra civilización.

Es una entrevista que Dolia Estévez le hizo al profesor Samuel P. Huntington —el politólogo más famoso de Harvard— (El Financiero, 6 de julio) éste reafirmó lo que acababa de exponer en su más reciente artículo en Foreign Affairs, "The Clash of

Nuestro Futuro, Desde

Seguimos de la primera plana

Civilizations?" (verano de 1993, pp. 22-49). "México —dijo Huntington— es una de tres naciones en el mundo, al lado de Rusia y Turquía, que atraviesa por un proceso de redefinición en términos de conmutar una civilización por otra". El supuesto del que parte el politólogo de Harvard, tiene como base la observación de la evolución del sistema internacional en el último milenio —si algo distingue al profesor Huntington no es tanto su conservadurismo como su capacidad de pensar en grande— y lo que está sucediendo hoy. Con esos datos, el observador de que se trata llega, entre otras muchas, a la siguiente conclusión: "México es un país en transición que ha decidido abandonar la cultura latinoamericana para abrazar, en lugar, a la norteamericana". Esta decisión, en realidad, no fue exactamente de México como sociedad, sino de su "grupo dominante", pero supone que el resto de la sociedad la ha aceptado.

Que el TLC no fue, no es y no puede ser, un mero tratado comercial como lo pretenden sus autores, es algo obvio. Bajo el manto de un razonamiento económico, el tratado cubre algo más importante: un proyecto político que busca poner al nuevo modelo mexicano de desarrollo —economía abierta, con menor peso estatal y libre del pasado nacionalista—, así como a la alianza de intereses que lo ha impulsado y lo sustenta —la alta burocracia, los supermillonarios citados en Fortune y Forbes junto como los múltiples intereses económicos que rodean a cada uno, el gran capital externo y la Iglesia católica, bajo la protección económica y política de la superpotencia vencedora de la Guerra Fría: Estados Unidos. Sin embargo, el profesor Huntington va mucho más lejos e interpreta esa integración de México a Estados Unidos, como algo tan profundo que es equivalente a lo que sucedió hace casi 500 años: un cambio de civilización.

Para comprender cabalmente el significado de lo dicho por el politólogo de la universidad que se levanta desde el siglo XVII en la ribera del río Charles, hay que partir de su hipótesis central: tras la derrota y desaparición de la Unión Soviética, la fuente principal de conflictos en la arena internacional ya no será —de hecho ya no es— el choque de ideologías ni tampoco el de intereses meramente económicos, sino el choque de civilizaciones antagónicas. En la historia de los estados nacionales, se pasó de las guerras de los reyes a las de los pueblos, época inaugurada por la Revolución Francesa; luego, el siglo XX, inauguró la época de las guerras entre ideologías. Ahora, al cerrarse este siglo, se inicia la etapa de la lucha entre civilizaciones. Esa será la característica del conflicto internacional al iniciarse el próximo siglo.

Desde esta perspectiva, el siglo venidero no será el del "fin de la historia" ni el del "nuevo orden internacional", sino el de un desorden producto del rechazo mutuo de las civilizaciones, y que ya se anuncia hoy de manera muy clara y brutal en la nueva guerra en los Balcanes (reanudación de una lucha muy antigua), lo mismo que en la guerra recién librada entre los aliados occidentales contra Irak. Ese conflicto intercivilizaciones, se manifiesta igualmente en la lucha entre musulmanes por un lado y los hindúes en el subcontinente indio, los judíos en Israel, los budistas en Birmania o los católicos en Filipinas por el otro. Para Huntington, Occidente se enfrentará en el futuro no sólo al Islam, sino en mayor o menor grado, al resto de las civilizaciones.

Pero ¿qué es una civilización? Huntington la define como "...el estadio más alto al que puede llegar una población en su sentido de pertenencia, que es también el mayor nivel de identidad cultural al que tiene acceso esa población fuera de aquel que le permite diferenciarse, en tanto humanos, de otras especies". Este sentido de grupo e identidad cultural, una civilización está determinada por su lengua, historia, religión, costumbres e instituciones así como por el elemento subjetivo de autoidentificación. Las principales civilizaciones al terminar el siglo XX son, según Huntington, la occidental, la confuciana, la japonesa, la islámica, la hindú, la eslava-ortodoxa, la latinoamericana y, posiblemente, la africana.

Volvamos ahora al caso particular de México. Nuestro país es visto, junto con Turquía y Rusia, como un "país desgarrado" (torn countries), porque está en el proceso histórico de cambio de identidad o pertenencia a una civilización. El profesor Huntington, señala al respecto en su artículo, que en 1991 le visitó "un alto consejero del Presidente Carlos Salinas" (?) y le describió en detalle las transformaciones que el gobierno mexicano estaba llevando a cabo. Al concluir la exposición, el profesor Huntington emitió su juicio: "Es de lo más impresionante; me parece que básicamente lo que se proponen es cambiar a México de un país latinoamericano a uno norteamericano". El asesor de Salinas le respondió gratamente

sorprendido "¡exactamente! es precisamente lo que nos proponemos, pero por supuesto que jamás podremos decirlo públicamente" (p.43). Bueno, si ellos no pueden decirlo, Huntington sí. Pero ¿es cierto?, creo que no.

Según Huntington, para redefinir con éxito su pertenencia a una civilización, como se supone que lo está haciendo México, son necesarias tres condiciones: a) que las élites del país que cambia tengan interés genuino en esa transformación, b) que el pueblo acepte el cambio y c) que las élites de la civilización a la que se va a unir el converso, lo acepten. El profesor asegura a sus lectores que las tres condiciones se dan, o casi, en el caso mexicano y menos en los otros dos. Sin embargo, hay elementos para poner en duda tal afirmación. Para empezar la primera condición no se da. Las élites mexicanas tienen interés y genuino entusiasmo por el cambio económico, pero fuera de ese cambio, se resisten a pagar el precio que para ellas implicaría adoptar realmente el llamado modelo occidental, pues tendrían que aceptar el riesgo de perder el poder. En relación a la población en general, no hay forma de saber cuál es su conciencia sobre el proceso de cambio ni su grado de aceptación; las elecciones no son un buen indicador en México. La tercera condición cada vez se ve menos clara: en Estados Unidos no todos los interesados se muestran dispuestos a ver a México como uno de los suyos y cada vez ponen mayores obstáculos a la integración de México. Pero, para no bordar en el vacío, veamos qué tan factible es hacer a México compatible con Canadá y Estados Unidos en términos de civilización, usando los elementos que conforman la definición de civilización del profesor Huntington.

Civilización, según esta definición, es un agrupamiento de pueblos determinado por: a) lengua, b) la historia, c) la religión, d) las costumbres, e) las instituciones, y e) por la autoidentificación. Es claro que entre México por un lado y Estados Unidos y Canadá por el otro, hay una barrera lingüística. En nuestro país, y fuera de los círculos de la élite, de un segmento minoritario de la sociedad fronteriza o de ciertos grupos de migrantes, el inglés sigue y seguirá siendo, una lengua desconocida. Por lo que se refiere a la historia, desde antes del famoso encuentro de América con Europa, Mesoamérica era profundamente diferente de la América del Norte; la primera fue el lugar en que crecieron y perecieron una serie de civilizaciones urbanas complejas, en tanto que al norte, la demografía fue siempre menos densa y la población básicamente nómada. Tras la Conquista, Inglaterra y España dieron forma a dos sociedades coloniales no sólo distintas sino antagónicas. Y ese antagonismo se agudizó tras la independencia, con la Guerra del 47 en el siglo pasado, y, finalmente, con la tremenda diferencia en el ritmo de modernización entre ambos países en el siglo XX. En realidad, es sólo desde que la Revolución mexicana se institucionalizó, que el México subdesarrollado y la gran potencia del norte, dejaron de chocar y empezaron una difícil relación de coexistencia pacífica, pero cargada de sospechas y malos entendidos. En fin, que de su historia centenaria, México y Estados Unidos apenas si pueden contar, para fundar su nueva relación, con el último medio siglo.

En relación a la religión, no hay mucho que decir. Aunque ramas del mismo tronco, católicos y protestantes son diferentes en su concepción de la relación entre el hombre con el hombre y de éste con la divinidad. Por una buena parte de los últimos 400 años, protestantes y católicos se han agredido más que cooperado. Y por la relación que ambos grupos mantienen en ciertas zonas del sur de México, es claro que el viejo antagonismo aún no ha desaparecido del todo. En cuanto a las costumbres —hábitos, prácticas, tradiciones— es posible argumentar que, efectivamente, la sociedad mexicana cada vez más adopta costumbres norteamericanas —la americanización de México es parte de la americanización del mundo— y que, en mucho menor medida, ciertas costumbres mexicanas han sido aceptadas por la sociedad norteamericana. Sin embargo, un buen número de costumbres prevalentes al sur del Bravo, como las relaciones familiares y de amistad, las relaciones con la autoridad, las actitudes frente al trabajo, las relaciones entre las clases, etcétera, siguen siendo diferentes e incluso antagónicas a las norteamericanas. Y en cuanto a la autoidentificación, pues resulta que hasta hace poco el esfuerzo del gobierno y de las élites culturales de México estaba dirigido a lograr una autoidentificación en oposición a Estados Unidos; claro que esto ha cambiado, pero el cambio apenas ha empezado y, fuera de las capas dirigentes, dista mucho de haberse logrado.

He dejado para el final el gran problema de las instituciones, pues es aquí donde mejor se refleja la falta de entusiasmo de las élites mexicanas a la que hice referencia,

e Harvard

por realmente incorporarse a eso que Huntington llama la civilización norteamericana. El TLC se va a encargar de hacer plenamente compatibles las instituciones económicas de México con las del norte, pero el problema real está en las instituciones políticas. Y recuérdese que desde la perspectiva huntingtoniana, no puede haber integración a una civilización si se deja fuera a la política.

Huntington define a la civilización occidental, de la que la norteamericana es una variante, en función de diez indicadores: individualismo, liberalismo, constitucionalismo, respeto a los derechos humanos, igualdad, libertad, vigencia de la ley, democracia, libre mercado y separación de Iglesia y Estado. De la lista anterior, resulta que México sólo cumple cabalmente con la última característica. La tradición mexicana no es individualista sino corporativa; está cambiando, pero aún tiene mucho camino que recorrer si ha de transformarse. El meollo del liberalismo es el límite efectivo del poder del Estado frente a la sociedad por la vía de la división de poderes; tal división México no existe, de ahí el presidencialismo extremo que vivimos. ¿Constitucionalismo?, desde el siglo XIX a las constituciones mexicanas se respetan pero no se observan. Y de los derechos humanos, simplemente basta con referirse a la ejecución por el ejército el mes pasado de cinco presuntos narcotraficantes en la Mesa de la Guitarra, en Chihuahua; Amnistía Internacional y Americas' Watch siguen manteniendo al gobierno mexicano en la mira. ¿Igualdad en un país con una distribución del ingreso tan inequitativa como la mexicana? ¿Libertad?, pues todo depende de quién, para qué y hasta dónde. ¿Respeto a la ley?, hoy es más válido que antes, el principio colonial de "se obedece pero no se cumple", obsérvese, como mero ejemplo, la conducta de la policía. En relación a la democracia mexicana, no hay mejor signo de su ausencia que la existencia del partido "casi único" y sus 64 años ininterrumpidos de monopolio del poder. Finalmente, el libre mercado; en este campo sí se ha avanzado, pero no tanto como para que esa libertad de mercado impida la existencia de monopolios privados tan espectaculares como los de teléfonos y la televisión, que no existen en Estados Unidos.

Por concluir. Si el profesor Huntington tiene razón en su definición de civilización, entonces simplemente es imposible la integración de México a Estados Unidos y Canadá en términos de civilización, como él sugiere. Por otro lado, si pese a que México no puede ser parte de la civilización norteamericana, el TLC finalmente se convierte en realidad y la integración tiene lugar, entonces eso quiere decir que el antagonismo entre las civilizaciones no es tan determinante de la dinámica de las relaciones internacionales, como el profesor Huntington sugiere.

En resumen: en Harvard también se equivocan.